

y los primeros años de colonización habrían de significar millones de muertes, los territorios no quedaron despoblados. Allí el indio sobrevivió, y lo hizo llevando dentro de sí las antiguas tradiciones de sus distintos pueblos. Fue precisamente su tenaz resistencia cultural lo que llevó a la Iglesia a conducir una intensa campaña de «cristianización», a diferencia de los bautizos en masa que recibieron sin saberlo los indios antillanos. En México, en el Perú, fue preciso deculturar al indígena a fin de que participara social y económicamente en la vida colonial. Así, los libros pintados que recogían el acervo cultural de los pueblos mayas fueron quemados; los templos aztecas fueron demolidos; la avanzada estructura agraria de los incas fue desmantelada; la *mita* se convirtió en una condena a trabajo forzado de la cual no se volvía; la *encomienda* se concedió con carácter hereditario por varias generaciones; los tribunales del Santo Oficio, desconocidos en el Caribe, actuaron allí severamente contra los sospechosos de practicar viejas «idolatrías» o nuevas «herejías»; y las órdenes religiosas, encargadas del trabajo deculturador, entraron en posesión de campos y poblados, enriqueciéndose de tal modo que llegaron a suscitar la envidia de los monarcas españoles.

Ciertamente, en los grandes virreinos continentales hubo esclavitud africana y hubo plantaciones, pero el negro fue asimilado por las masas indígenas ya deculturadas — Darcy Ribeiro llama *ladino* al indio deculturado—¹², y la plantación ejerció una acción bastante limitada debido a la naturaleza de estas macro-colonias, en las cuales primaba más el factor de *poblamiento* que el de *explotación*. La pomposa ciudad virreinal —recuérdese la descripción que hace Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana*— era, en primer lugar, un centro de poder político, económico y religioso, que irradiaba su función administrativa con tanto o más alcance que una corte europea, hacia un número de súbditos mayor que el de muchas naciones europeas. Su gestión económica no estaba encaminada a desarrollar la agricultura, sino a extraer la mayor cantidad posible de metales preciosos de los abundantes recursos mineros existentes. Como se sabe, en las minas no trabajaban esclavos africanos que había que comprar, sino *ladinos* que eran enrolados a través de la *mita*, institución indígena que los españoles transformaron en trabajo forzado. Por otra parte, la situación económica del hacendado mexicano o peruano no estaba relacionada con un tipo de agricultura intensiva, monoprodutora y dependiente de la trata de esclavos, sino con una agricultura de corte feudal basada en la prestación de servicios personales y en el pago obligatorio de tributos en especie por parte de las aldeas de *ladinos* que se ocupaban de los cultivos. En general, los hacendados de los grandes virreinos no se sentían vinculados a la metrópoli, como era el caso de los plantadores esclavistas del Caribe. Se trataba de barones de la tierra, en su mayoría descendientes de conquistadores, cuyas rentas provenían de sus siervos *ladinos*.

¹² Darcy Ribeiro, *As Américas e a Civilização* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1970). Ribeiro establece una tipología histórico-cultural que identifica a los pueblos americanos como pertenecientes a tres grupos: pueblos testimonios (civilizaciones teocráticas de regadío similares a la de Mesopotamia; los miembros de estas sociedades, después de experimentar un violento proceso de aniquilación física y deculturación, pasan a constituir masas indígenas y mestizas conocidas como *ladinas*); pueblos nuevos (básicamente los caribeños y brasileños; surgen como producto de la misceginación étnica y cultural de indoamericanos, europeos y africanos, en un contexto de escasez de fuerza de trabajo); pueblos trasplantados (norteamericanos, argentinos, etc.; apenas hay misceginación; tienden a reproducir en América la cultura de la cual proceden).

La problemática económica del plantador caribeño, en cambio, estaba comprometida con los intereses de España. Agotados los recursos mineros a principios del siglo XVI, y con ellos la mano de obra del indio, la única exportación antillana posible era de tipo agropecuario, premisa de la cual parte la Plantación. De manera que, desde los tiempos de las primeras plantaciones en La Española, la continuidad de la trata y de la esclavitud constituyó un interés común del plantador y la Corona. Esta dependencia se hizo mucho más estrecha cuando el desarrollo del capitalismo mercantil creó millones de nuevos consumidores de productos de plantación. La demanda europea de azúcar, tabaco, café, cacao, algodón, tintes, etc., creaba la necesidad de importar enormes contingentes de negros a través del monopolio de la Trata. Esta comunidad de intereses hizo que, a pesar de la existencia de fuertes contradicciones entre la colonia y la metrópoli, los dueños de plantaciones oscilaran durante años en una balanza en cuyos extremos gravitaban el sentimiento independentista y el temor a arruinarse al conceder libertad a sus esclavos, ya que para vencer a los españoles había que contar por fuerza con el concurso de las masas de negros que trabajaban los cañaverales y los cafetales.

Este lamentable pacto histórico entre el plantador criollo y la metrópoli, entraña en la América hispánica distintos grados de compromiso; éste es menor en las condiciones de los territorios continentales, y mayor en las de los territorios insulares, donde el sentimiento de la nacionalidad sólo se expresa con fuerza revolucionaria en un tipo de sociedad criolla, marginal a la Plantación, cuya génesis hemos observado. Es significativo el hecho de que Simón Bolívar, al inicio de sus campañas libertadoras, no tuviera en sus planes abolir la esclavitud. Sin duda pesó en él su origen *mantuano*, de plantador. Sólo mudó de parecer cuando, derrotado por las fuerzas españolas, buscó refugio en Haití. Allí, el Presidente Petion le hizo ver que no era posible liberar a las Américas de España si la libertad que habría de ganarse no era para todos.

En cualquier caso, puede afirmarse que la actitud de los criollos hacia España fue más radical en las colonias continentales que en las insulares, donde los poderosos productores de azúcar estaban asociados a la metrópoli. En los virreinos de México, Nueva Granada y del Río de la Plata, incluso en el del Perú, el más esclavista de todos, los rasgos feudales de la estructura social facilitaban el sentimiento de independencia entre los barones de la tierra. De ahí que Thomas Gage, en época tan temprana como es el año 1630, hiciera la siguiente observación:

La condición de los indios de este Reino de Guatemala es tan triste y tan susceptible de inspirar compasión como la de cualquier indio de América [...] Sufren una gran opresión por parte de los españoles, viven en gran amargura y trabajan bajo el mayor rigor [...] No se les permite el uso de arma alguna, ni siquiera los arcos y las flechas que antiguamente usaban sus antepasados. De manera que si bien los españoles están a salvo de cualquier daño o enojo por parte de ellos, porque están desarmados, igualmente a salvo estará la nación que se resuelva a invadir el territorio. Consecuentemente, la política española en contra de los indios puede resultar en su propia ruina y destrucción, pues los numerosos indios que poseen no los ayudarían [...] Finalmente los criollos, que también están bajo su opresión, se regocijarían el día que esto sucediera, y lo permitirían, prefiriendo vivir libremente bajo la dominación de un pueblo extranjero que seguir oprimidos más tiempo por aquellos que son de su misma sangre.¹³

¹³ Thomas Gage, *Travels in the New World* (Norman, University of Oklahoma Press, 1958), p. 215

Esto explica en parte por qué lo español despierta muchas veces cierto resentimiento en las naciones mesoamericanas y suramericanas que fueron colonias de España, al contrario de lo que ocurre en República Dominicana, Cuba y Puerto Rico. En las islas el poder criollo residió en la sociedad con la metrópoli dentro de relaciones económicas conectadas a un sistema mundial, lo cual fortalecía el grado de dependencia. En los virreinos, sin embargo, la agricultura criolla se orientaba a través de relaciones dominadas por rasgos feudales; los productos agrícolas se derivaban de la servidumbre y los tributos del indio, y se vendían mayormente en mercados locales. Pero, además, existe otra razón tan poderosa o más que la razón económica. En las colonias insulares, como se sabe, el indio desapareció velozmente sin dejar apenas rastro de su pasado. En las colonias continentales, en cambio, el indio deculturado subsistió, y pudo siempre constatar el cruel impacto de la Conquista al comparar su estado miserable y su degradación con las portentosas ruinas de su pasado, las cuales le ofrecían un claro testimonio de los logros civilizadores que habían alcanzado hombres y mujeres de su misma sangre. Los indios esclavizados a que se refiere Thomas Gage, tenían a la vista los restos arquitectónicos de las grandes ciudades mayas, en que vivieran sus antepasados. ¿Cómo convenarlos de no sentir rencor hacia la raza que los dominara?

La Plantación en el Caribe no hispánico

La historia de las posesiones inglesas, francesas, holandesas, etc., en el Caribe es sumamente compleja. En todo caso, la formación y las especificidades de los distintos bloques coloniales escapan a los objetivos de este trabajo. Interesa, sin embargo, el hecho de que la presencia en el Caribe de las potencias rivales de España coincidió, casi desde los primeros años, con el incremento vertiginoso y sostenido de la demanda de azúcar y otros productos de la agricultura tropical, debido a la ampliación del patrón de consumo en las sociedades europeas, originada ésta por el desarrollo del capitalismo. Con el incentivo de enriquecerse rápidamente, las colonias caribeñas de estas naciones, establecidas casi siempre con propósitos de poblamiento y de remedar en lo posible a sus respectivas metrópolis, abandonaron este rumbo inicial y se lanzaron a la explotación desenfrenada de las tierras bajo el sistema de plantaciones esclavistas. En efecto, tras un breve período caracterizado por la presencia del pequeño propietario agrícola y del artesano europeo, asistidos por *siervos* de su misma nacionalidad que se contrataban por un número limitado de años, irrumpió en el escenario caribeño la Plantación.

España, en total decadencia económica, política y social durante los últimos Austrias, y en guerras continuas con las naciones que más influían en el mercado mundial, no participó activamente en esta etapa de expansión comercial y de acumulación de capitales. Por otra parte, sus colonias en el Caribe eran objeto de ininterrumpidos ataques, como igualmente lo era el tráfico de las *flotas* que conducían las riquezas de Indias a Cádiz y a Sevilla. Hay que tener en cuenta que el primer ataque de corsarios contra el tráfico de Indias se produce en 1523, y que la llamada «época de la piratería» termina hacia 1720; esto es, dos siglos de constantes abordajes, desembarcos, incendios y saqueos; eso independientemente de las numerosas guerras oficiales en que el Caribe se vio envuelto, que van desde los tiempos de los Valois hasta los de Teddy Roosevelt.